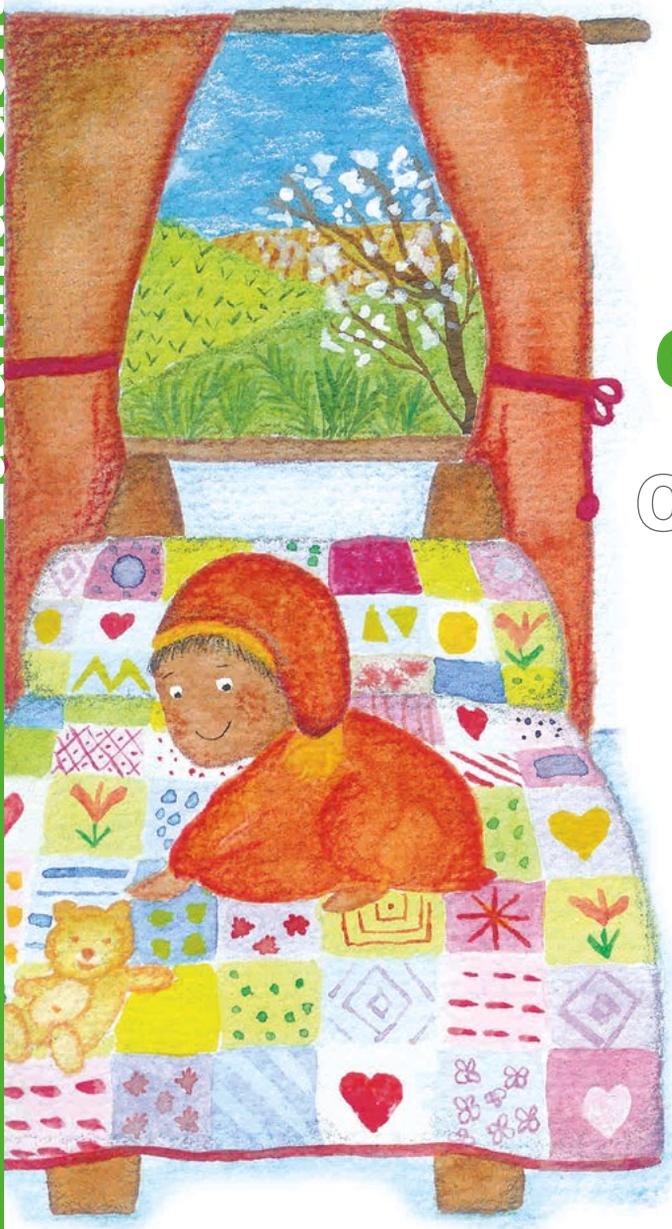


La familia cuenta



Te cuento y me cuentas

Historias tiernas y divertidas sobre las situaciones que deben afrontar los niños y niñas de hoy en día.



**Comunidad
de Madrid**

TE CUENTO Y ME CUENTAS

III Concurso de relatos



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor

Te cuento y me cuentas

Historias tiernas y divertidas sobre las situaciones que deben afrontar los niños y niñas de hoy en día.

Texto e ilustraciones
María Jezabel Pastor Navalón



TE CUENTO Y ME CUENTAS

María Jezabel Pastor Navalón



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor



CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor

C/ Gran Vía, 14

28013 Madrid

@ Textos e ilustraciones: María Jezabel Pastor Navalón

@ Comunidad de Madrid

Edita: Dirección General de la Familia y el Menor

Imprime: B.O.C.M

Tirada: 5.000

Edición: Reimpresión 2016

Depósito legal: M-5.153-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Te cuento y me cuentas

A mis queridos alumnos,
los más pequeños
y los más grandes



M^a Jezabel Pastor



Pistas para escoger un cuento

Cuando se me pidió hacer un libro de cuentos en los que se abordaran distintas situaciones a las que los niños de hoy día tienen que hacer frente, me di cuenta que se trataba de un reto difícil.

Comencé poniéndome delante aspectos de la vida de los niños actuales, que los que trabajamos en el ámbito de la enseñanza conocemos bien. Niños adoptados; niños con baja autoestima e inseguros; problemas de convivencia y violencia entre los niños; falta de interés y motivación ante el mundo que les rodea; problemas de aceptación corporal (sobre todo en las niñas), convivencia entre niños de distintas culturas; niños que viven en un entorno de consumo desenfrenado en el que no vivencian valores profundos porque el tener le ha ganado la batalla al ser; niños que viven en familias monoparentales. Y podríamos seguir haciendo más extensa la lista de situaciones que surgen en las familias de hoy en día, inmersas en una sociedad que cambia tan rápido.

Pero un cuento es un cuento. Es una imagen narrada que no debe describir un problema sino, en todo caso, dibujar la solución. Un cuento no debe moralizar, sino colorear un posible sendero a transitar. Y desde luego las imágenes profundas que sanan desde la raíz, son las de los cuentos de hadas. Y son los que debemos contar a los niños más pequeños, aunque a cualquier edad se puedan escuchar con gusto.

Este es un libro de cuentos para niños un poco más mayores, cuando en los primeros cursos de primaria se encuentran en situaciones- propias o vivenciadas por sus compañeros- que aparecen en estos cuentos.

En el primer cuento "Nagar vino de la India" se presenta a un niño adoptado, feliz y querido por sus nuevos padres. La adopción aparece como algo claro, con respeto al lugar y a la familia de origen del muchacho.

En el segundo cuento "Marian es mi amiga" el personaje principal es una niña gordita, a la que por esa circunstancia muchos de sus compañeros rechazan. En el desarrollo del cuento ella, con la ayuda de los adultos que la quieren, se da cuenta de qué es lo verdaderamente importante y también lo hacen sus compañeros.

En el tercer cuento "El pavo real" se narra la historia de un pavo real, orgulloso y despreciativo hacia los que no tienen unas plumas tan preciosas como las suyas. Los demás animales de la granja prefieren estar juntos y ser amigos, aunque no sean tan hermosos ni tengan tantas plumas. Finalmente, también saben acoger al pavo cuando pierde todo cuanto tiene.

El cuarto cuento "Celia y su familia" habla de una niña que vive con su madre. Sus abuelitos y el resto de su familia la quiere mucho y ella es feliz. Pero Celia no tiene

papá y pide uno a los Reyes Magos. Estos le ayudarán a comprender que todas las familias no son iguales y la suya es una familia maravillosa.

El quinto cuento es “La gota de lluvia”. En este cuento aparece una imagen sencilla, la de una gota de agua. Para explicar el sentido de este cuento quisiera citar a Goethe:

“El alma humana es como el agua: del cielo viene, al cielo se eleva y debajo de nuevo a la tierra desciende, en cambio eterno”

Los niños, a veces nos hacen preguntas que no sabemos como contestar. Es como si emergiera en ellos una añoranza por “el paraíso perdido”. Entonces nos miran de frente esperando una respuesta que tal vez no sabemos como dar. Este pequeño cuento puede ser la imagen que en ese momento necesitan.

El sexto cuento es el de “Felipe y los sapos”. Felipe, un niño como tantos otros. Los “sapos” son las palabrotas, las patadas, los empujones. Sapos que se escapan sin cesar, incluso sin que el niño pueda evitarlo. Tratado con humor y dando más importancia a la bondad de corazón de Felipe que a sus “sapos”, veremos como consigue finalmente ganar la batalla a tan “asquerosos” personajes.

En el séptimo cuento “El mirlo y las cigüeñas”, un mirlo decidido ayuda a unas crías de cigüeña a vencer su temor a volar.



La amistad de ambos es el hilo conductor de la historia y lo que hace posible que las crías, finalmente, se lancen a volar. Aquí la inseguridad y el miedo son vencidas gracias a la amistad.

El octavo cuento es “Gabriela y las Montañas”. Nos habla de una niña, Gabriela, que quiere mucho a la Tierra. Cuando ve en peligro a las montañas cercanas a su pueblo, hace todo lo que puede para salvarlas. Gracias al amor de esta niña por la Naturaleza todo el pueblo se da cuenta de la importancia de que cada uno ponga “un granito de arena”.

Deseo que los niños puedan disfrutar al escuchar y leer estos cuentos. Ojalá que para los maestros, madres y padres puedan ser de utilidad en momentos que lo necesiten.

M^{ra} Jezabel Pastor

Cuentos

1. Nágár viene de la India	13
2. Marian es mi amiga.....	23
3. El Pavo Real	43
4. Celia y su familia.....	53
5. La gota de lluvia viajera	69
6. Felipe y los sapos.	81
7. El Mirlo.....	91
8. Gabriela y las montañas.	105



Nágar viene de la India

Nágar tiene el pelo negro y liso. Su piel es muy morena, como si siempre viniera de tomar el sol en la playa. Es delgado y alto, y sus ojos son grandes y negros.

Nágar no se parece a sus padres, ni a su hermana Azucena. Ellos tienen la piel muy blanquita y el pelo castaño.

Nació en la India. El primer día que lo vi nos hicimos amigos en el recreo.

Nágar no recuerda nada del país donde nació. Sus padres lo trajeron de allí cuando tenía solo seis meses. Era muy chiquito y lloraba mucho.

Vivía en una pequeña ciudad de la India en un centro para niños huérfanos. Su mamá y su papá fueron allí y lo adoptaron. Desde entonces Nágar tiene otra vez una familia que le quiere.





Nágar viene de la India

Un día Nágar se vino a mi casa. Cuando terminamos las tareas del colegio y nos pusimos a merendar me preguntó:

-¿Quieres que te cuente cosas de la India?

-¡Pero si tú no la conoces!- le dije yo.

-Es verdad, era muy pequeño cuando me trajeron mis padres. Pero mi mamá me ha contado cosas de allí y cuando sea mayor iré a conocer el pueblo donde nací.

A Nágar se le ilumina la cara cuando habla de la India. Tiene un libro con muchas imágenes de allí.

-¡Mira Lucía! Serpientes, tigres y pájaros exóticos. ¿Ves qué bonita es la naturaleza de la India? ¡Y mira cuantos colores! Y todas las personas son como yo.

-Me gusta mucho el país donde has nacido Nágar, pero me alegro de que estés aquí.

-Yo también me alegro Lucía. Así podemos ser amigos.





Nágar viene de la India

A veces jugamos a que nos marchamos juntos a la India. Pasamos muchas aventuras atravesando miles de kilómetros hasta llegar al pueblo de Nágar. Al llegar allí montamos en elefantes y atravesamos la selva llena de tigres peligrosos. Por fin llegamos al palacio de un rey muy importante. Nágar salva a la princesa de las garras de un brujo malvado y después se casa con ella.

Otras veces jugamos el juego de las manos. Es un juego que Nágar se ha inventado: ponemos nuestras manos juntas de forma que al dar la vuelta a mi mano aparece la suya. Nos reímos mucho. Nágar dice:

-Esto es una mano café con leche: yo soy la mano café y tu eres la mano leche.

-Nooo, le contesto yo. Esto es una mano chocolate con nata: yo soy la nata y tú eres el chocolate.

Luego hacemos lo mismo con los pies y todavía nos reímos más. El tiempo que estamos juntos se nos pasa volando.



Nágar viene de la India

El siete de abril fue el cumpleaños de Nágar y me invitó a su casa. También estaban invitados: Esther, Felipe y Ana, además de niños y niñas que viven en su barrio.

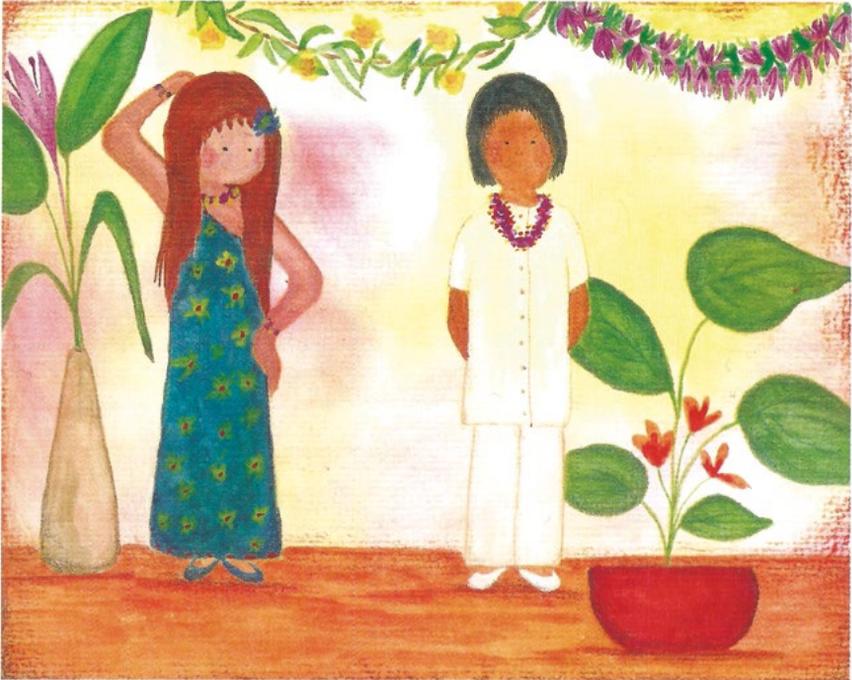
Nágar había pedido a sus padres que le organizaran una fiesta india. Así que cuando entramos nos quedamos boquiabiertos. La casa estaba decorada con guirnaldas y flores de muchos colores, olía muy bien a incienso dulce y se escuchaba una música alegre en un idioma extraño para nosotros.

De repente apareció Nágar vestido de blanco. Estaba guapísimo con unos pantalones y una especie de camisola blanca y suave. Una guirnalda de flores de colores colgaba de su cuello.

Su mamá había preparado guirnaldas para todos y Nágar nos las fue colgando. También nos dio telas grandes de colores alegres que las niñas nos pusimos como si fueran saris. Todo era muy colorido y yo nunca había visto tan feliz a Nágar.



Nágar viene de la India



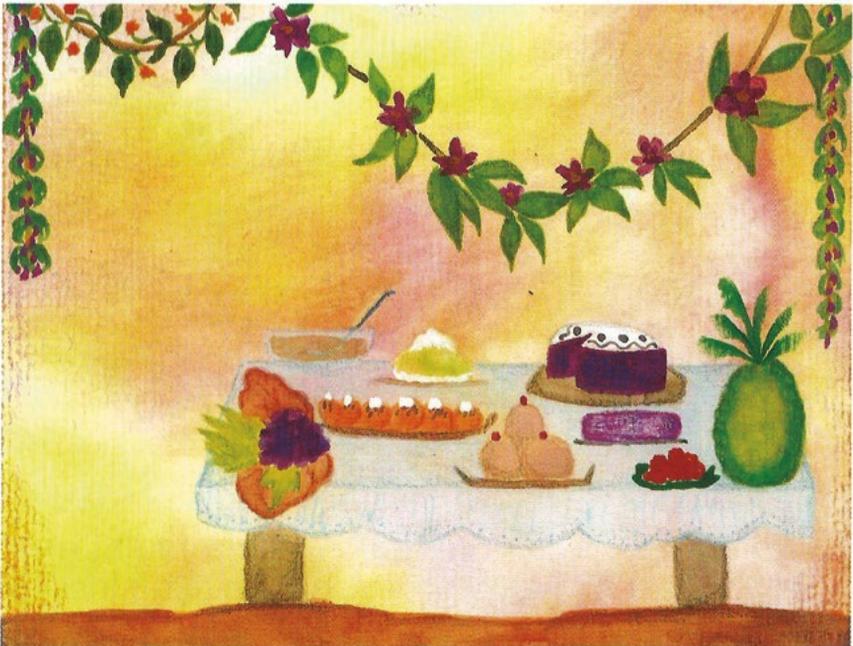
Para merendar la mamá de Nágar había preparado pastelitos como los que hacen en la India, eran dulcísimos. Los había con pistachos y miel, con arroz y miel, con canela y pasta de maíz con miel. Algunos tenían un sabor extraño que yo nunca había probado, pero que me gustó mucho. La mamá de Nágar dijo que tenían jengibre. Había frutas exóticas y otras más conocidas como la piña.



Nágar viene de la India

También había una bebida muy dulce que sabía a flores, y té para los mayores.

Todo estaba preparado de forma muy bella y con mucho color.



El papá y la hermana de Nágar nos enseñaron un baile hindú, bueno era una danza y casi todos nos hicimos un lío al principio. Nos reíamos mucho y más de uno terminó con un buen pisotón, pero al final pudimos aprenderla todos.



Nágar viene de la India

Cuando ya estábamos cansados Nágar sacó un vídeo de la India en el que aparecía la región donde él había nacido. Estaba emocionado y nos hacía callar en cuanto alguien hablaba o hacía algún ruido. Verdaderamente, la tierra de Nágar es muy bonita y a todos nos entraron ganas de conocerla.

Esa noche cuando volví a mi casa pensé en los padres de Nágar. Le querían mucho, tanto como a mí los míos. Mamá siempre me había dicho que yo los había elegido a ellos desde el cielo y ellos me habían abierto los brazos desde la tierra.

Los papás de Nagar le habían querido tanto que habían extendido sus brazos hasta llegar a un país tan lejano para encontrarle.

Pensé también en los papás indios de Nágar, seguro que también ellos estarían contentos de que Nágar tuviera una familia tan buena.

Esa noche me fui a dormir contenta y agradecida de que Nágar pudiera estar aquí y ser mi amigo.

Marian es mi amiga



A Marián le encantan los bizcochos que hace su mamá. Nada más despertarse piensa en el rico desayuno que va a tomar: leche con colacao y un buen trozo de bizcocho. Sólo un trozo porque mamá dice que tiene que guardar un poco de hambre para el bocadillo del recreo en el colegio. Desde luego a Mariam le gustaría comerse dos pedazos, pero hace caso a lo que mamá le dice.

Todavía está Marián terminando el desayuno cuando ya escucha a papá coger las llaves del coche y decir impaciente:

-¡Vamos Marián que voy a llegar tarde al trabajo!.

-¡Ya voy papi, ya voy!

A Marián le gusta ir al cole. Allí ve a su amiga Ana y a su amigo Luis. Cada mañana su papá pasa por una



esquina cercana a su casa y allí recoge a los dos hermanos.

Ese día su papá no se detuvo en la esquina. Marián preguntó sorprendida:

-¡Papá que te olvidas de mis amigos!

-No hija, es que llamó su mamá para decirme que tienen sarampión y que van a estar unos días sin ir al colegio.

-¡Que fastidio! ¿Cómo voy a estar en el colegio sin mis amigos?

-No pasa nada Marián, podrás jugar con otros niños. ¿Es que no tienes otros amigos en la clase?

-Bueno...si...si. Pero es que ellos son mis preferidos.

Marián se quedó callada. Había dicho una mentirijilla a su papá. Lo cierto es que sólo ellos eran sus amigos. Sólo a ellos no les importaba que ella fuese gordita. Los demás niños se burlaban, sobre todo



en los recreos. Pero Ana y Luis siempre salían en su defensa.

Ya estaban llegando al colegio y Marián se sentía cada vez peor. Encima ese día tenían educación física, la asignatura más difícil para ella.

-Papá creo que estoy enferma. Llévame de vuelta a casa.

Su papá la miró por el espejo retrovisor y un poco enfadado le dijo:

-Jovencita, yo creo que estás perfectamente para ir al colegio. Tus amiguitos volverán a clase cuando se les pase el sarampión.

-Pufff, fue todo lo que se oyó desde el asiento de atrás.

Ese fue un día difícil para Marián. Como Ana no estaba, la maestra sentó a Débora al lado de Marián. Y en voz bajita Débora le dijo:





-Hola culo gordo.

A Marián le dolió pero hizo como que no la había oído. En realidad a ella siempre le hubiera gustado ser amiga de Débora. Todos querían jugar con ella, y además era muy buena corriendo. Cuando jugaban a “polis y cacos” siempre la elegían en su bando.

Marián siempre era la última en ser elegida, y eso si la dejaban jugar.

-Si no dejáis jugar a Marián nosotros tampoco jugamos- decían sus amigos Ana y Luis. Entonces con fastidio Débora y los otros la dejaban jugar.

Ese día a la hora del recreo Marián ni lo intentó. Se sentó en un banquito del recreo a comer su bocadillo y mirar como los otros jugaban. Lo único que quería era que no se metieran con ella.

Al rato de estar allí alguien se sentó a su lado. Al levantar la mirada vio que era su maestra.

-¿Porqué no juegas con todos Marián?



-Pues, pues... es que no me apetece.

-¿Pero si a ti te gusta mucho jugar en los recreos?

-Es que yo corro poquito y...y...y los niños se burlan de mí.

La maestra se quedó callada mirando a Marián y le dijo:

-Vamos a jugar a las adivinanzas.

Marián era buenísima jugando a las adivinanzas, porque desde pequeña su abuelo le había enseñado muchas.

La maestra llamó a los niños y se sentaron en corro jugando. Cada uno decía una adivinanza que los demás tenían que resolver.

Comenzó Felipe:

“Cuanto más profunda es
tu menos la ves”



Paloma dijo:

-La charca.

-Noooo, dijo Felipe divertido.

Enseguida Marián levantó la mano.

-La oscuridad.

-Siii, dijo Felipe. ¡Es la oscuridad!

-Muy bien Marián, ahora te toca decir a ti una adivinanza- dijo la maestra.

Marián sonrió y dijo:

“De noche llegaron sin ser invitadas
de día se escondieron pero no están extraviadas”

-Las nubes, dijo Débora.

-Nooo contestó Marián.



Débora estaba furiosa. Estaba acostumbrada a que Marián siempre perdiera y ella siempre ganase.

Al final Marián les dio una pista y Elena adivinó que eran las estrellas.

Todavía Marián pudo decir una adivinanza más, antes que tocara la campana que indicaba que el recreo había finalizado:

“Zumba en vuelo vibrador.
Su casita es de oro.
Fabricando un tesoro
con lo que le da la flor”

Varios niños intentaron adivinarla:

-Las hadas.

-Las mariposas.

-Los enanitos.

Cada uno decía lo que se le ocurría. Entonces tocó



la campana y la maestra dijo:

-Bueno chicos a clase. Mañana seguiremos con esta adivinanza. Pensadla en casa. De momento, la campeona indiscutible es Marián. Un aplauso para ella.

Todos los niños aplaudieron. Todos menos Débora, pero eso ahora no le importaba a Marián.

Al llegar a clase Débora le dijo:

-Oye gordinflona ¿me vas a decir el resultado de la adivinanza?

-Yo no me llamo gordinflona y no te voy a decir el resultado de la adivinanza.

-Pues si no me lo dices, nunca más te voy a dejar jugar en el recreo.

Marián no sabía que hacer. No quería decirle a Débora la respuesta, pero tampoco quería quedarse sola en los recreos. Se quedó callada y así siguió el resto de la clase.





Marián se sentía triste. Pensaba que si no estuviera gordita, Débora no se metería con ella y todos le dejarían jugar.

Al llegar a casa, mamá y papá la recibieron con alegría.

-Cielo, te he preparado tostadas con miel y mantequilla como a ti te gustan- le dijo mamá.

-Hoy no quiero merendar – contestó Marián.

La mamá de Marián se sentó a su lado y con voz cariñosa le preguntó:

-¿Qué te pasa pequeña? Tu carita triste me dice que hoy ha sucedido algo en el colegio.

-Mamá, es que soy gorda.

-Marián -dijo su madre acariciándole el pelo- unas personas son altas, otras bajitas, unas más delgadas y otras más gorditas. Eso no tiene nada de malo. Simplemente somos DIFERENTES. Lo importante es

Marian es mi amiga



cómo somos en nuestro corazón. Y en tu corazón tú eres una verdadera princesa.

El papá de Marian le dijo:

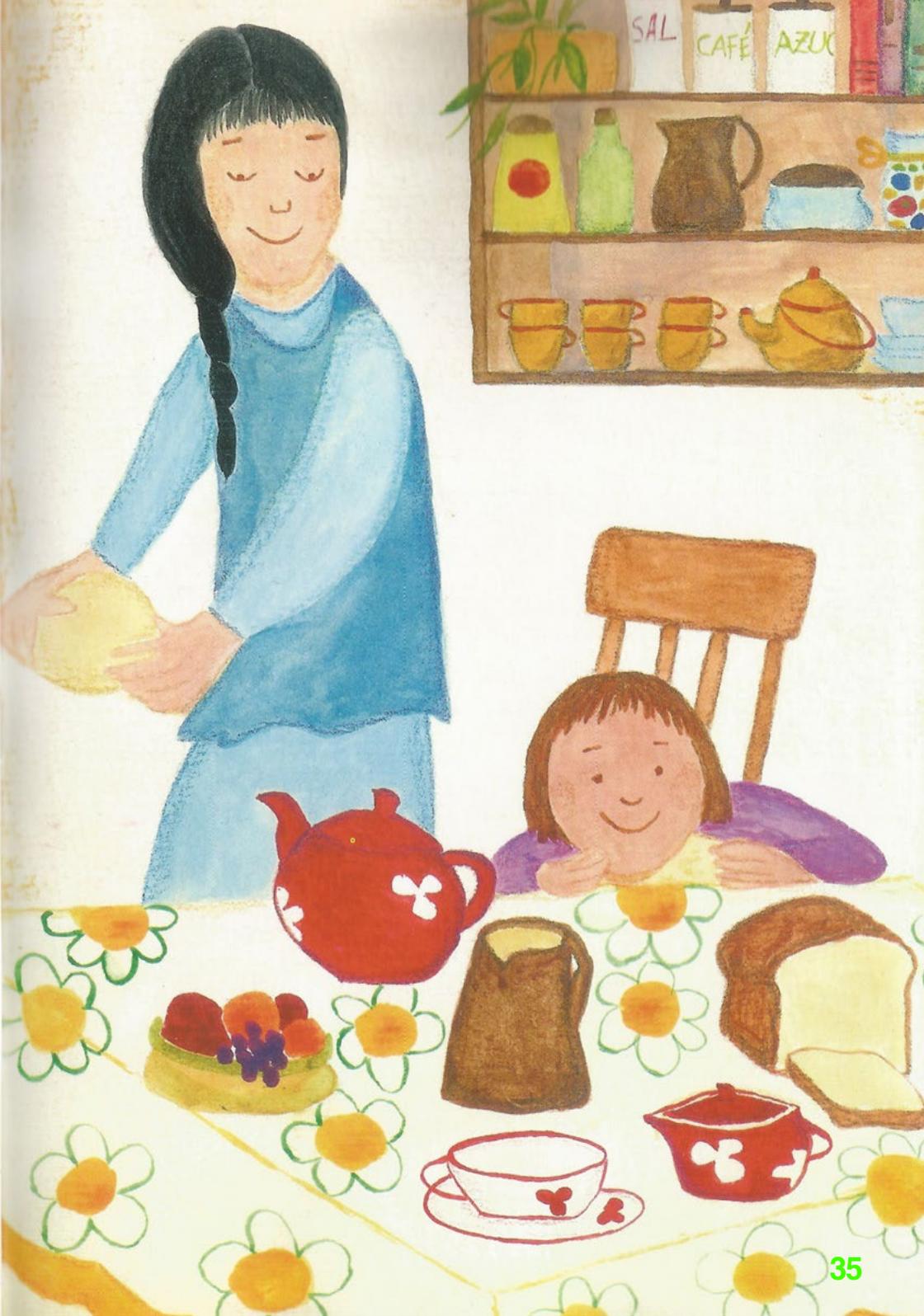
-¿Te acuerdas del paseo que dimos el domingo por el campo? La hierba estaba salpicada de flores. Flores de todos los colores y tamaños: grandes, pequeñas, amarillas, moradas, rojas... Las flores no se comparan ni se sienten desdichadas por ser unas distintas a otras. Son como son y así están bien.



Marian abrazó a mamá y papá. De nuevo se sentía bien y con alegría dijo: -Y además sé resolver adivinanzas mejor que nadie.

-¡Claro que sí! Y ahora a merendar- dijo mamá.

Marián se comió la rica merienda que mamá le había preparado. Después fueron a visitar a sus amigos Ana y Luis. Tenían la cara llena de puntitos que



SAL

CAFÉ

AZUC



picaban. A ella no podían contagiarse pues ya había pasado el sarampión de pequeña.

Con Ana y Luis estuvo jugando a las adivinanzas, para estar preparada para el día siguiente.

Marián quería ganarse el respeto de sus compañeros. Especialmente de Débora que siempre estaba fastidiándola.

Al día siguiente, en la clase de repaso, la maestra volvió a sugerir el juego de las adivinanzas y todos los niños estuvieron encantados. Todos menos Débora.

-A ver niños, ¿alguien ha resuelto la adivinanza que nos enseñó ayer Marián?

Los alumnos no la recordaban, así que Marián hubo de repetirla:

“Zumba en vuelo vibrador
su casita es de oro,
fabricando un tesoro
con lo que le da la flor”.





-Menuda tontería, soltó Débora.

La maestra miró con seriedad a Débora y le preguntó:

-¿Sabes la respuesta? Si la sabes puedes decírnosla.

Débora se puso roja como un tomate y se quedó callada. No sabía la respuesta.

-Yo la sé, yo la sé, dijo Julieta. Es la abeja.

-Muy bien, dijo Marián.

Durante mucho rato siguieron jugando a las adivinanzas. Los niños estaban entusiasmados. Todos aprendieron muchas adivinanzas que Marián les enseñó. Además se dieron cuenta de que era una niña simpática y amable. Antes la habían rechazado sin conocerla.

Propusieron que en el concurso de adivinanzas que se iba a celebrar en el colegio, ella fuera la



representante de su clase. Todos los niños irían a apoyarla. Estaban animados y dispuestos a buscar cada uno adivinanzas para traérselas a Marián.

-¡Serás la que sepa más adivinanzas de todo el colegio! Le dijo Paloma.

Todos estaban contentos...todos menos Débora, que en el recreo se quedó apartada de los demás. Se sentía enfadada y traicionada por todos. Marián se le acercó y le dijo:

-Débora, si quieres podemos ser amigas.

-No quiero jugar contigo, porque eres gorda y me has quitado a mis amigos.

-Mi mamá me ha dicho que todos somos diferentes: unos delgados y otros gordos, unos altos y otros bajos, unos sabemos adivinanzas y otros, como tú, corren muy rápido. Somos DIFERENTES Débora, pero no peores o mejores. Y todos podemos ser amigos.

Marian es mi amiga



Marián se marchó dejando sola y pensativa a Débora.

Débora se sentía triste y desconcertada. Siempre había molestado a Marián y ahora que ella estaba sola, Marián le ofrecía su amistad.

Al entrar del recreo Débora, con la cabeza agachada, le dijo a Marián:

-Bueno...vale...quiero ser tu amiga. Por fin, alzando los ojos le dijo:

-Siento haberte insultado tantas veces. Yo corro mucho y tú sabes muchas adivinanzas. Tu mamá tiene razón, cada uno somos diferentes.

Marián le sonrió y le dijo:

-¿Amigas?

-¡Amigas! Respondió Débora.

Desde entonces Marián y Débora fueron buenas



amigas, también el resto de los chicos y chicas de la clase. Y por su puesto Ana y Luis.

Todos se dieron cuenta que lo importante era ser buenos amigos y pasarlo bien jugando. Y si uno era alto o bajo, gordo o flaco era porque todas las personas somos diferentes. Y eso es estupendo.





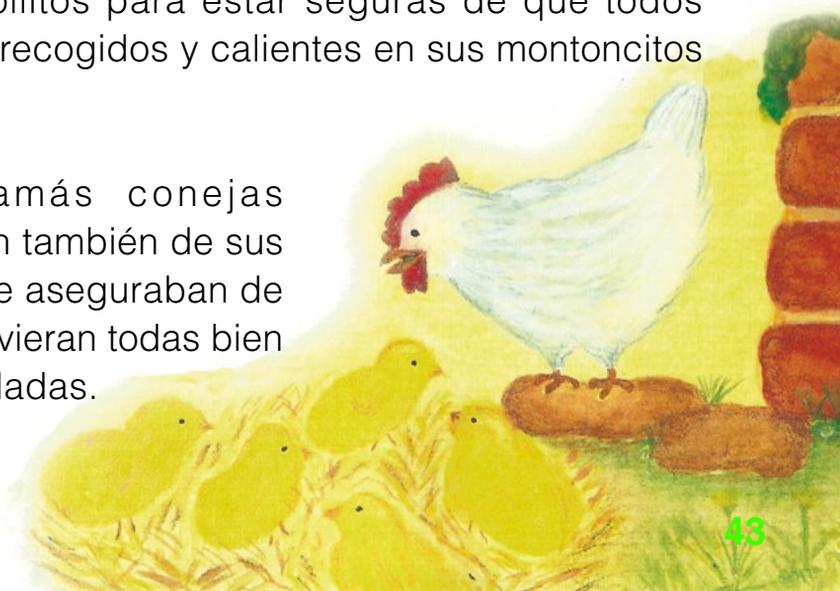
El Pavo Real

En una granja donde había gallinas, conejos y patos, vivía también un pavo real. Los dueños lo tenían en un jardín contiguo a la granja y él solía darse paseos alrededor del estanque en el que también se refrescaban otros animales.

El pavo era muy orgulloso y se creía el más guapo e importante de todos los animales.

Por la noche, las gallinas antes de dormir contaban a sus pollitos para estar seguras de que todos estaban recogidos y calientes en sus montoncitos de paja.

Las mamás conejas cuidaban también de sus crías y se aseguraban de que estuvieran todas bien resguardadas.





El pavo real miraba a las gallinas y los conejos con desdén y desprecio. Cuando el día caía, él se paseaba pavoneándose por los alrededores del estanque y después se subía a un árbol cercano. Desde ahí lanzaba sus gritos y no bajaba hasta el alba.



Los patos al anochecer se quedaban un rato deslizándose por el estanque, antes de esconder sus cabezas debajo del ala y dormir. Mamá pata y los pequeños patitos miraban al pavo y admiraban su bella cola, pero él les decía:

-No sé cómo podéis tener unas plumas tan tristes y ser tan patosos. Los patitos se acercaban a mamá pata y se acurrucaban a dormir junto a ella. Mamá pata ya les había dicho que el pavo era orgulloso y no quería ser amigo de los demás animales de la granja.





En los días de luna el pato miraba su imagen reflejada en el agua.

-Pero, ¡Qué guapo soy! Se decía ufano. Y estos pobres animalejos, que feos son todos.

Un día la pata pazguata, que había estado dormitando un rato con la cabeza debajo del ala, levantó la mirada y lo vio allí, cerca del agua pavoneándose orgulloso.

-Hola pavo, ¿Qué haces pavoneándote con tus plumas desplegadas?

El pavo se sobresaltó y se sintió enfadado por ser preguntado por la pata pazguata, a la que él consideraba fea y torpe.

-Pata pazguata, yo no hablo contigo.

Se dio media vuelta y dejó con el cuac, cuac en la boca a la pobre pata.

El pavo se pasó todo el verano paseándose orgulloso





con sus bellas plumas al viento y sin querer, siquiera, mirar a ningún otro animal.

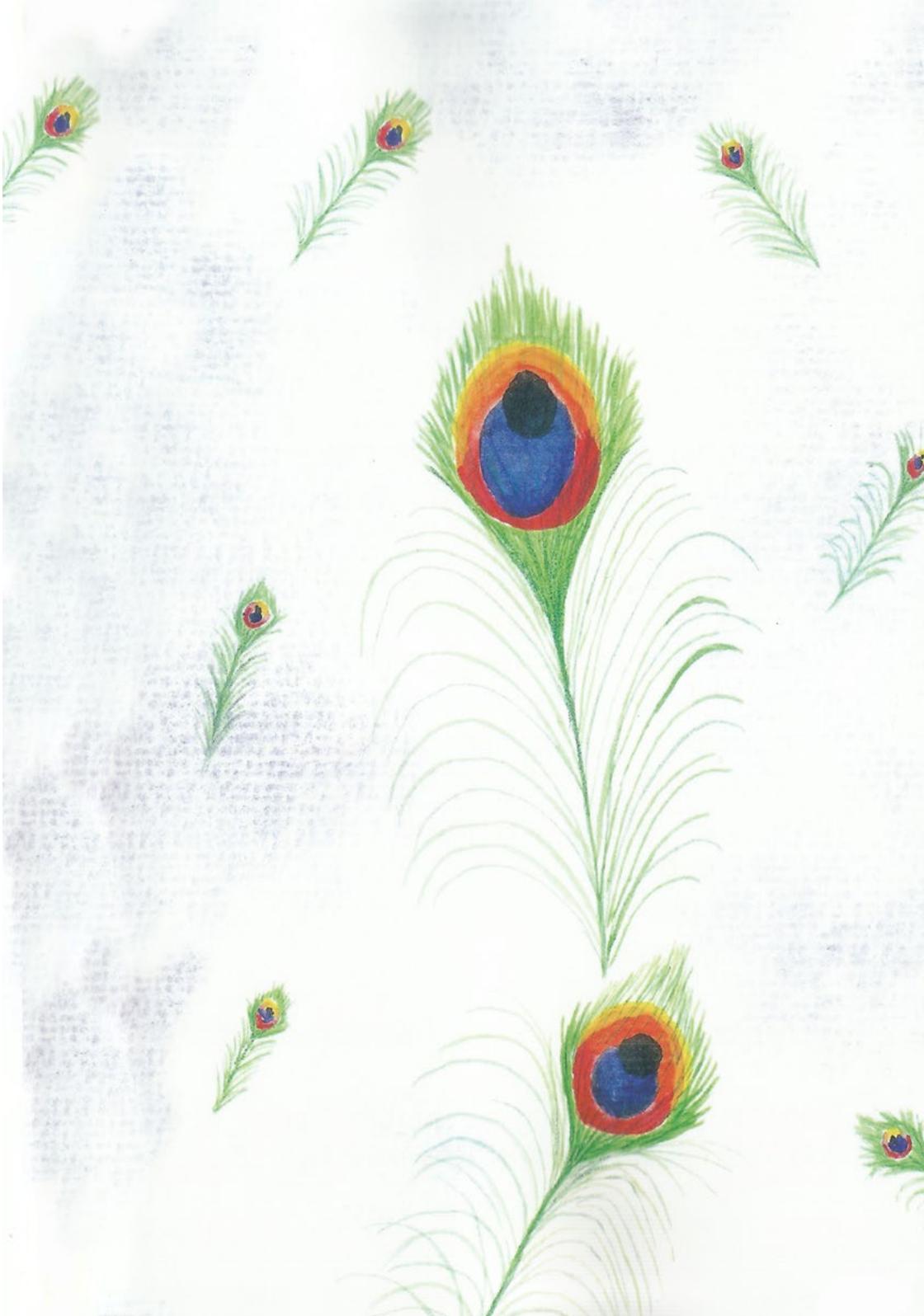
Los días del verano eran cada vez más cortos y el otoño estaba acercándose. Un día el viento llevó una de las plumas del pavo al gallinero.

Las gallinas asombradas la recogieron y se preguntaron como se había desprendido el pavo de una de sus plumas tan queridas.

Otro día fueron los conejos los que encontraron en su conejera otra bonita pluma del pavo, traída por el viento.

Aquella noche hizo un gran vendaval y en la mañana había plumas del pavo esparcidas por toda la granja: en el agua del estanque, en la ribera donde dormían los patos, incluso alguna en el palomar.

Los pavos pierden sus plumas al final del verano y entonces parecen tristes e indefensos. Allí, en medio de la granja estaba el pavo sin sus queridas plumas. Los demás animales de la granja se quedaron en silencio.





Daba pena verlo así.

Entonces la pata pazguata se acercó a él y tiró de su ala.

El pavo había perdido su valioso ropaje, pero seguía siendo un pavo, un animal más de la granja.

-Queremos ser tus amigos, dijo la pata pazguata.

El pavo estaba avergonzado, pero la pata que era un poco payasa- por eso la llamaban pata pazguata- comenzó a dar vueltas diciendo:

“Cuac, cuac, soy la pata pazguata,
la pata más pata
que come patatas
en una alpargata”

El pavo comenzó a reír y con él los demás animales.

Entonces el pavo recogió las largas plumas de su cola, que habían quedado esparcidas por el suelo.



Regaló una a cada uno de los animales. Eran sus queridas plumas.

Todos querían ser sus amigos y no les importaba que hubiera perdido su bello traje. El pavo real, ahora sin plumas reales, se convirtió en el mejor amigo de los animales de la granja.



Celia y su familia

Celia era una niña alegre y risueña. De pequeña tenía la cara llena de pequitas y su pelo era anaranjado como el sol del atardecer. Le gustaba chuparse el dedito y lloraba con grandes berridos en cuanto tenía hambre.



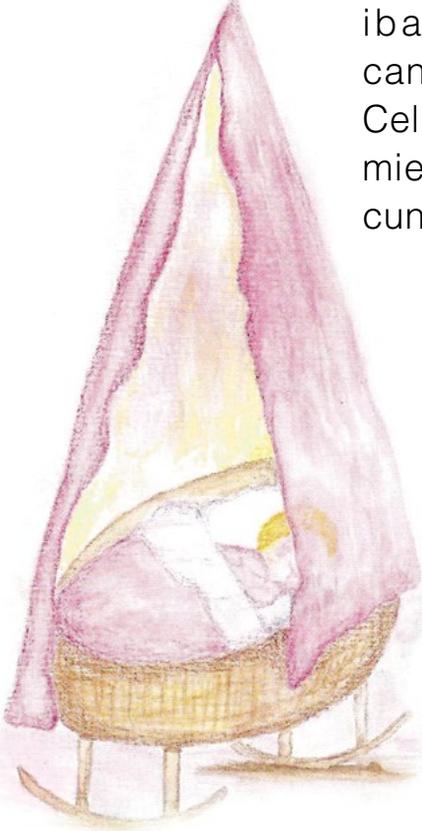
Entonces Susana, su mamá, le preparaba el biberón con rapidez. Celia se lo bebía de un tirón y después se quedaba dormidita con una suave sonrisa ¡Celia era una comilona!

Sara, la abuelita de Celia, cuidaba a la niña en las mañanas mientras su mamá



Celia y su familia

iba a trabajar. Le cantaba canciones de cuna muy largas y Celia se iba quedando dormidita, mientras su abuelita le mecía la cuna con cariño.



Casi sin que se dieran cuenta Celia fue creciendo, dejó de chuparse el dedito y en lugar del biberón empezó a comer cosas de mayores. Tenía un pato de plástico llamado “patorinal”, donde se sentaba a jugar y, a veces, a hacer allí lo que antes solo hacía en el pañal. Celia se estaba haciendo mayor.

Pasó el tiempo y Celia ya tenía dos coletas en las que le encantaba que le pusieran lazos de colores. Le gustaba ir al parque por las tardes cuando mamá volvía del trabajo y la recogía de la Escuela Infantil. En el parque había un gran arenero donde los niños hacían castillos de arena, túneles y agujeros. Lo que le

encantaba a Celia era rebozarse como una croqueta.

Celia era una niña feliz y le gustaba tanto jugar en el parque que se olvidaba hasta de la merienda.

-Celia ven a merendar. Llamaba mamá.





-Celiña mía deja ya los castillos y ven a merendar. Insistía la abuelita Sara. La abuelita le llamaba Celiña de forma cariñosa y a la niña le gustaba que su abuelita le llamara así.

Entonces Celia corría hacia mamá y la abuelita Sara, las abrazaba con cariño y se sentía contenta de que las dos le quisieran tanto.

Pasó el tiempo y un día Celia comenzó el colegio. Ya era mayor, tenía seis años y además se le habían caído dos dientes. Estaba muy emocionada y ese día se había puesto los lazos de terciopelo azul, que eran sus preferidos. Su mamá, la abuelita Sara y el abuelo Rafael fueron a acompañarla hasta la Escuela. Estaban tan emocionados como Celia. Mamá le recordó que se comiese todo el bocadillo en el recreo y su abuelita le dio un beso tan fuerte que le dejó un poco rojo el moflete. El abuelo la cogió en volandas y le dijo:

-Aprende mucho pequeña. Después la apretujó con un abrazo de oso de esos que tanto le gustaban al abuelo.





Así fueron transcurriendo los días y Celia fue haciendo muchos amigos y amigas en la escuela. También fue aprendiendo a escribir y leer poco a poco. La ilusión de Celia era escribir ella solita la carta de los Reyes Magos.

Un día al llegar al colegio Celia vio en la pizarra escrita la palabra papá. Ese día todos los niños y niñas aprendieron a escribir esa palabra. Era una palabra bonita: PA-PA. A Celia le gustaba. Entonces todos los niños dijeron cosas de sus papás.

El papá de Julieta no vivía con ella pero le veía los fines de semana y el de Toni estaba en Francia, pero Toni iba a visitarle en verano y en las vacaciones de Semana Santa.

Los demás niños sí que vivían con su papá y su mamá y también contaron cosas de sus papás: cuáles eran sus trabajos, a dónde les llevaban los fines de semana y otras cosas que los niños recordaban.

Celia se fue ese día a casa pensativa. Todas las cosas que los niños habían dicho de sus papás eran



bonitas. Bueno... Lucía dijo que su papá era un poco regañón, pero eso no importaba. Mamá y los abuelos le querían mucho aunque, a veces, también le regañaban.

Todas esas cosas que los niños hacían con sus papás también las hacía Celia con mamá y los abuelos: ir al campo, montar en bicicleta, ir al parque, jugar en casa... Pero Celia pensó que muchos niños tenían un papá y ella no.

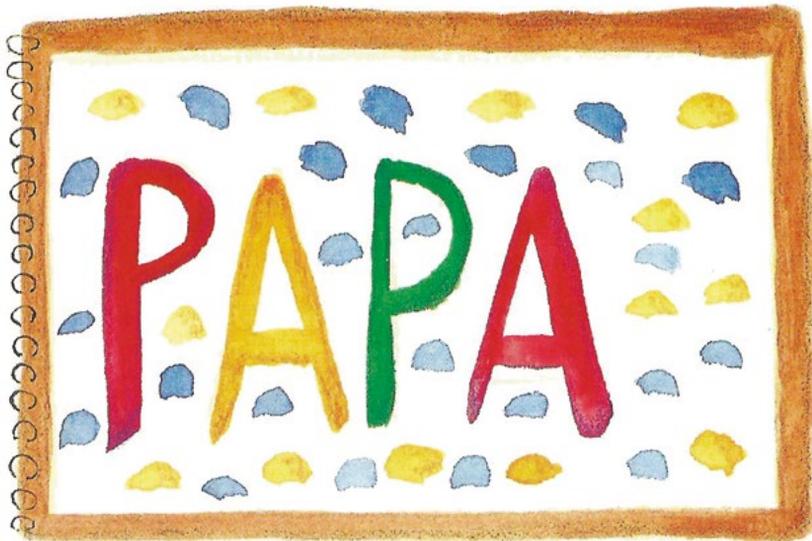
Mamá le había contado que papá se había marchado lejos antes de nacer ella. Celia no le había conocido y sin embargo le echaba de menos.

Cuando llegó a casa le dijo a mamá:

-Hoy he aprendido a escribir la palabra PAPÁ. Se parece a la palabra MAMÁ.

-Si, le contestó Susana, se parece pero no es igual.

Ese día en sus tareas Celia escribió la palabra papá con colores.



Al ir a dormir Celia preguntó a su mamá:

-Mami, ¿cómo es un papá?

Su mamá le habló a Celia de cómo era el abuelo Rafael cuando ella era niña. Celia quería mucho al abuelo Rafael y escuchó encantada todo lo que Susana le contó.

-¿Podría ser el abuelo Rafael mi papá?

-No cielo, el abuelo es mi papá y por eso es tu abuelo.



-Yo no tengo un papá-dijo Celia a su mamá.

-No Celia, contesto Susana, no tienes un papá –
contestó Susana. Tú tienes una mamá, un abuelo y
una abuela, primos y tíos. Tienes una familia que te
quiere mucho Celia.

Celia dio un gran abrazo a mamá y esa noche se
quedó dormida de su mano.

Ya faltaba poco para el día de los Reyes Magos y
Celia sabía escribir lo suficiente como para hacer
ella sola la carta a Melchor, Gaspar y Baltasar. Eran
muchas las cosas que quería pedirles, pero mamá
y los abuelos le habían dicho que tenía que elegir lo
que más le gustara. Había muchos niños y a todos
tenían que llegar los regalos de los Magos.

Celia escribía cada día un poquito de la carta, pues
todavía le costaba escribir. A veces se arrepentía de
lo que había puesto y rompía la carta volviendo a
comenzar de nuevo. ¡Era tan difícil elegir lo que más
le gustaba!



Por fin, la víspera del día de Reyes, Celia terminó la carta y fue con mamá y el abuelo a enviarla al correo Real. La carta de Celia decía así:

“Queridos Reyes Magos,
Este año he sido buena. He ayudado a mamá a recoger la mesa y también a recoger mis juguetes. Bueno, a veces me he hecho la remolona y también he protestado cuando había espinacas para cenar. Mamá me ha dicho que sólo puedo pedir lo que más desee, pues hay muchos niños a los que vais a llevar regalos.

Yo quiero una bicicleta sin ruedines, un trineo y un papá. Si no tenéis trineo no pasa nada, pero la bicicleta y el papá lo quiero de verdad. Bueno si tenéis algo para los mayores podéis traer un coche nuevo para mamá, un bastón para el abuelo y unos guantes calentitos para la abuelita, que siempre tiene las manos frías en invierno.

Gracias queridos Reyes porque sois muy buenos. Os quiero mucho, Celia”.



Después de entregar la carta al cartero Real se sentía muy feliz. Estaba segura de que los Reyes Magos le traerían lo que les había pedido.

La noche de Reyes Celia dejó un cubo con agua y una cesta con pan duro para los camellos. Para los Reyes dejó unas copitas de champagne, turrón del duro y mazapanes. Se acostó muy prontito, estaba nerviosa e impaciente porque pronto se hiciera de día.

El día de Reyes Celia se despertó temprano. Todavía mamá estaba dormida. Impaciente comenzó a llamarla para poder ir a ver los regalos que los Reyes siempre dejaban junto al arbolito de Navidad.

Lo primero que vio al entrar en la sala fue un trineo de color morado con frenos amarillos, Celia se acercó emocionada y al ir a sentarse en él encontró un saquito lleno de carbón...de carbón dulce ¡claro! Entonces se dio cuenta que detrás del arbolito de Navidad asomaba un manillar ¡Era una bicicleta sin ruedines! Ahora sí que podría montar como los mayores. Celia estaba muy contenta. Había también un libro de cuentos lleno de ilustraciones de colores.



-Los Reyes saben que me gusta mucho que me cuenten cuentos y por eso me regalan este libro. Mamá ¿me vas a contar uno esta noche?

-¡Claro que si Celia!



Junto al árbol de Navidad había también un pijama para mamá, un bastón para el abuelo y unos guantes de lana para la abuelita.

Entonces Celia se fijó en algo que había junto al portal del Belén.

-¡Mira mamá! dijo la niña.

Era un sobre dorado en el que ponía:

Para Celia de Sus Majestades los Reyes Magos.

Celia cogió el sobre y leyó despacio:

“Pa-ra Ce-li-a de los Re-yes Ma-gos.”

-¡Los Reyes Magos me han escrito a mí!... ¡Los Reyes Magos me han escrito a mí! Repetía nerviosa.

-Vamos Celia abre la carta, le dijo su mamá.

Dentro del sobre había una hoja de papel pergamino, sobre la que estaba escrito con letras de oro:



“Querida Celia,

Nos ha alegrado mucho recibir tu carta y saber que ayudas a mamá y has aprendido a escribir. No importa que no te gusten las espinacas o que a veces seas un poco remolona. Lo que importa es la alegría y el amor que hay en tu corazón.

Esperamos que te haya gustado el trineo, la bicicleta y el libro de cuentos.

Tienes mucha suerte de tener una mamá que te quiere mucho. Otros niños tienen una mamá y un papá. Algunos sólo tienen una mamá o sólo tienen un papá. Cada niño es diferente. Todas las personas somos distintas, pero cada persona es valiosa como es. Tú tienes una mamá que te quiere y siempre va a estar cerca de ti. Tienes una familia maravillosa, porque es tu familia.

Con todo el cariño de Sus Majestades,

Melchor, Gaspar y Baltasar”



Cuando Celia terminó de leer la carta se lanzó al cuello de mamá. Los Reyes Magos le habían escrito y le habían dicho que le querían mucho. A ella y a su bonita familia, aunque no fuera como la de otros niños.

Celia volvía a sentirse la niña más feliz del mundo.



La gota de lluvia viajera

Era una tarde de abril soleada y fresquita. El prado estaba verde y las vacas pastaban alegres. A lo lejos se veían nubes blancas que poco a poco se iban uniendo a otras más oscuras.

Las nubes estaban llenas de gotas de agua. Gotas felices de estar allí, danzando alegremente en las algodonosas y húmedas nubes. Una de ellas, la más chiquita iba de un lado a otro impaciente.

-¿Cuándo bajaremos a la tierra? ¿Cuándo seremos lluvia que riegue los campos?

-No seas tan impaciente, le contestó una gota mayor. Tenemos que ser más y estar muy apretadas para pesar mucho. Entonces juntas podremos bajar a la tierra.



Poco a poco fueron llegando más gotas de agua y cada vez las nubes estaban más cargadas. Pesaban más y eran más oscuras.

-Querida nube ¿a dónde vamos? ¿Por qué no bajamos ya a la tierra?

-Ten paciencia pequeña gota. Iremos donde el viento nos lleve.

Entonces la gota preguntó al viento:

-Querido viento, ¿a dónde iremos?

El viento no respondió a la gota. Pero se movió con fuerza y la nube comenzó a girar con rapidez.

Nuestra gotita no podía más en su impaciencia. Ya se sentía demasiado apretada entre tanta gota de agua, cuando de repente:

-Uuuuuhhhhhh!

Todo comenzó a moverse con rapidez y antes de

que pudiera darse cuenta estaba cayendo hacia la tierra. Era emocionante descender velozmente junto a miles de gotas hermanas, aunque también sentía un poco de vértigo y estaba asustada.

Fue a caer, junto a muchas otras gotas en el prado donde pastaban las vacas. La tierra se esponjó contenta cuando ellas llegaron y las dejó pasar gustosa. La hierba del prado también se puso contenta cuando todas sus hojas se llenaron de miles de gotas de lluvia.

A la gotita le encantaba deslizarse por las briznas de hierba tierna. Al llegar a la tierra sintió como esta la acogía agradecida. Se sumergió en la tierra oscura y pudo sentir su calor.

-Estás calentita y oscura, le dijo la gota a la tierra.

-Así es- le dijo la tierra, con mi calor pueden germinar las semillas y en mi oscuridad crecen las raíces de las plantas.

La gota de agua se dejó llevar por un hilillo de agua



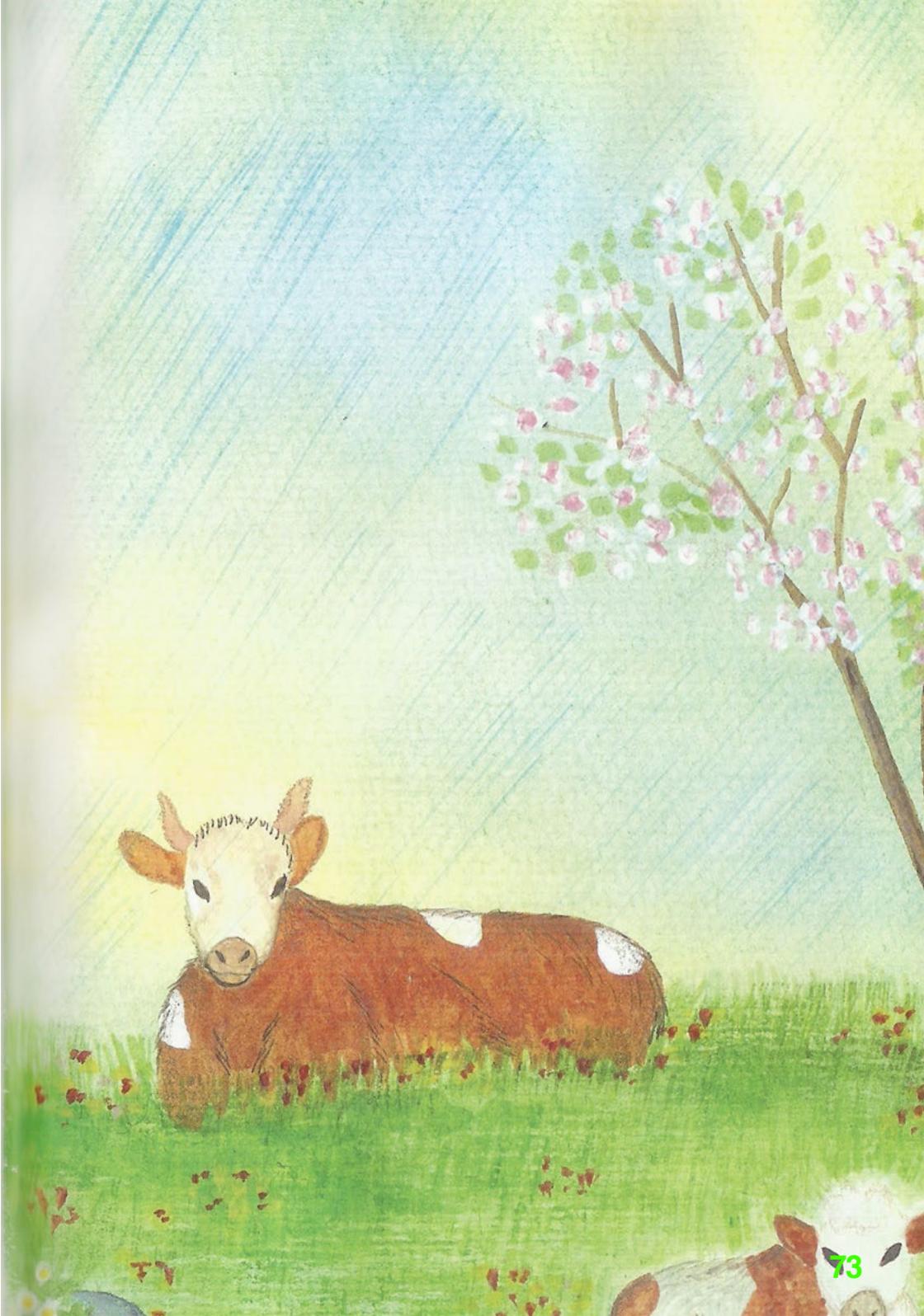
que discurría hacia el interior de la tierra. Cada vez más y más abajo el hilillo fue creciendo, hasta transformarse en un riachuelo subterráneo.

Al cabo de un rato el riachuelo ya no discurría por la tierra, sino que se deslizaba por rocas del interior hasta desembocar en una gran cueva. Allí, en las entrañas de la tierra, en lo profundo de las montañas, la gotita de agua contempló admirada cómo las paredes de la cueva estaban recubiertas de preciosos cristales de cuarzo. Pasó sobre ellos y pudo sentir su tacto duro y frío.

-Sois preciosos, ¿habéis nacido aquí, en el interior de la tierra?, preguntó la gota de agua.

-Si, hemos nacido aquí. Gracias a gotas de agua como tú y a la oscuridad de la tierra.

La gota de agua estaba asombrada. Nunca hubiera pensado que las gotas de agua fueran tan necesarias para la tierra, para la hierba verde y ahora para los cristales.





La gota de agua siguió dejándose llevar por el riachuelo subterráneo. De pronto el riachuelo comenzó a avanzar cada vez más rápido. Parecía que iba cuesta abajo a gran velocidad. Poco a poco empezó a llegar una gran claridad y de repente una luz cegadora. El riachuelo había salido a la superficie abriéndose paso entre las grietas de las rocas. Allí estaba la gota, navegando en el suave discurrir de un arroyo.

El arroyo fue descendiendo cada vez más a la vez que aumentaba su caudal con otros arroyuelos que iban a unirse a él.

Terminó siendo un ancho río, en cuyas veredas los hombres habían plantado sus huertas de tomates, lechugas, calabacines, coles... También había árboles frutales y maíz.

Los hombres habían hecho canales para llevar el agua del río a los cultivos. La gota de agua veía como muchas de sus hermanas gotas se iban por esos canales para quedarse en los campos de los hombres. Allí jugaban animadas con las matas de calabazas,



con las tiernas plantas de maíz, y dando vueltas a los surcos de los frutales como si fueran norias.

La gota de agua siguió su aventura llevada por el río. Resbalaba divertida por las piedras y montaba a lomos de una trucha viajera. Cuando el río pasaba ligero sobre las rocas podía sentir el calor de los rayos del sol. Así siguió hasta llegar a las cercanías de un pueblecito de montaña. Allí junto al río vivía el molinero y su familia en el molino. La gota pudo ver como la gran rueda del molino era movida por la fuerza del agua.

-Una sola gota es pequeña e insignificante, pero todas las gotas juntas tienen fuerza para mover esa rueda tan grande...pensó la gota de agua.

Después el río se hizo ancho y caudaloso. Sus aguas discurrían tranquilas y sobre ellas las barquitas se deslizaban corriente abajo.

Una niña en una barca hundió su remo cuando la gota viajera pasaba cerca. Esta quedó encima del remo y pudo ver la mirada curiosa de la pequeña. El





sol reflejado en la gota la cubría de colores y la niña alargó su manita queriendo cogerla.

Entonces una ráfaga de viento devolvió la gota al agua del río que siguió llevándola corriente abajo hasta...

...Hasta el mar. El río iba imparable hasta el mar y en su desembocadura la gota de mar pudo ver muchos pescadores con sus cañas. La gota de agua miraba a los pescadores, a los peces revolviéndose enganchados en el sedal, al sol que cada vez calentaba más. Los niños jugaban alegres y volaban sus cometas de vivos colores. De repente la gota de agua vio delante suyo la inmensidad del mar azul.

El río dejaba de ser río para perderse en el mar y la gota de agua sintió vértigo. Ya no había corriente sino un suave oleaje y el agua estaba más caliente y salada. Todo estaba en calma.

La gota había hecho un largo recorrido. Ahora recordaba todo lo que había visto y se sentía contenta. Se dejó mecer por el oleaje mientras sentía el calor del sol. Parecía que su calor la llamase y ella fue,



La gota de lluvia viajera

poco a poco, subiendo hacia él. Cada vez era menos gota de agua y más calor del sol.

La gota volvía a estar otra vez allí en el cielo, cerca de las nubes, cerca de esa inmensidad azul. Cerca del sol.

La gota volvería a ser lluvia, río subterráneo, torrente, lago y mar. Y nube de nuevo.



La gota de lluvia viajera





Felipe y los sapos

Felipe es un chico de ocho años al que le gusta ir al colegio. Tiene muchos amigos y monta muy bien en bicicleta.

Su hermana se llama Marta y tiene dos años más que él. Pero, aunque juegan mucho juntos, a veces se enfadan y mamá tiene que poner paz entre los dos.

Y es que Felipe tiene un problema...a veces se le escapan las manos y hasta los pies. Si, si, se le escapan solitos...Bueno eso dice Felipe.

¿Qué a dónde se escapan las manos y los pies de Felipe?

Pues a veces al moflete del compañero, otras veces a la espinilla del que le adelanta en la fila para entrar en la clase; incluso un día la mano se le escapó a la cabeza del niño que se sentaba dos mesas más adelante.



-¡Felipe! Llamó muy seria la maestra, mientras José lloraba desconsolado.

-¡Ha sido sin querer!, son mis manos que siempre se escapan solas. Dijo apurado Felipe.

La maestra le miró muy seria y el chico bajó la cabeza, un poco apesadumbrado.

Pero, además, Felipe tenía otro problema. A veces, se le escapaban palabras que sonaban muy mal. Además, no se acordaba nunca de decir gracias ni por favor. A pesar de que la abuelita Felisa, cuando era pequeño, le había enseñado un versito que decía:

“Con GRACIAS y POR FAVOR se vive la vida mejor”.



Pero él siempre lo olvidaba y cuando se daba cuenta el “sapo” ya se había escapado de su boca. Así que a Felipe todo el mundo le regañaba: mamá, papá, los maestros y hasta la abuelita Felisa, a pesar de que Felipe era su nieto preferido.

Esa noche cuando se fue a dormir pidió a su ángel de la guarda que le ayudara a cuidar sus manos y sus pies. También le dijo que él no quería decir palabras feas, que le gustaría mucho poder decir cosas bonitas. En realidad Felipe era un niño de buen corazón, pero necesitaba un poco de fuerza para que sus manos y sus pies le obedeciesen. También para que sus palabras alejasen de su boca a los feos “sapos”.

A la mañana siguiente, cuando se encontró con su hermana en el desayuno en lugar de decirle como siempre:

-¡Buenos días narizotas!

Felipe le dijo:





-¡Buenos días, hermanita! Me pasas la mermelada, por favor.

Su hermana giró la cabeza sorprendida, y el propio Felipe se quedó mudo de asombro. No sabía cómo habían salido esas palabras de su boca, pero le gustó la sonrisa de aprobación de mamá y de su hermana al escucharlo.

Al llegar al colegio se puso en la fila para entrar y vio que delante de él estaba Gustavo. Gustavo siempre se le adelantaba en la fila y a él le entraron ganas de darle un empujón. Pero, cuando sus manos se le escaparon para hacerlo, Felipe empezó a dar palmas.

Plaf, plaf, plaf fue lo que se escuchó.

Gustavo se volvió y le dijo:

-¿Qué haces Felipe?

-Nada, palmeo para calentarme las manos.

Felipe no salía de su asombro. Pero se sentía contento de que sus manos no hubieran empujado a Gustavo.



Palmeear resultaba mejor que pegar, además Gustavo no se enfadó con él y hoy querría ser su amigo.

A lo largo de la mañana cada vez que Felipe tenía el impulso de pegar o empujar, sus manos sólo palmeaban. Y cuando en el patio quiso dar una patada a un niño que le había quitado el balón, se encontró dando saltitos. Al final estaba tan cansado de dar saltitos que sus piernas ya no se le escapaban para dar patadas.

Así que esa mañana Felipe no se peleó con nadie. Gustavo quiso jugar con él y también otros niños y niñas de la clase.

Cuando llegó a casa estaba cansado de dar palmas y saltitos, pero contento porque hoy había hecho muchos amigos y hasta Ana, su compañera de mesa, le había invitado a su cumpleaños.

Cuando por la tarde fue al parque a jugar sucedió lo mismo que en el colegio. Felipe palmeaba y saltaba de vez en cuando, ante el asombro de Tobi su querido perro. El fiel animal no entendía qué le pasaba a su

amo, pero Felipe si que se daba cuenta de lo que estaba pasando.

Durante algunos días Felipe siguió dando algunos saltitos y palmadas, pero poco a poco se fue acostumbrando a utilizar sus manos para dibujar,



escribir, modelar, jugar y muchas cosas más. Y sus pies para andar, correr, saltar y jugar.

Su maestra le había enseñado, hacía tiempo, un verso al que Felipe no había prestado mucha atención. Ahora lo recordó con alegría:

“Yo tengo dos ojos para ver lo bello,
con mis dos oídos la verdad entiendo,
dos manos, dos pies
para hacer lo bueno,
palabras amables
que digo contento”.

Se dio cuenta de lo que eso quería decir y decidió no volver a utilizar sus manos y pies para hacer daño.

A partir de entonces Felipe hizo muchos amigos.





El Mirlo

Entre unos setos del parque daba saltitos un mirlo. Era un mirlo pequeño y tenía un ala caída, pero eso no le impedía volar y saltar de un lado a otro. Sus plumas eran de un negro brillante y su pico de color naranja intenso. Sus vivos ojitos eran negros con un anillo amarillo alrededor.

Con su pico sacaba pequeñas lombrices del suelo. A los mirlos les gustan también las semillas que encuentran en la hierba, los frutos de los rosales y los espinos.





El Mirlo

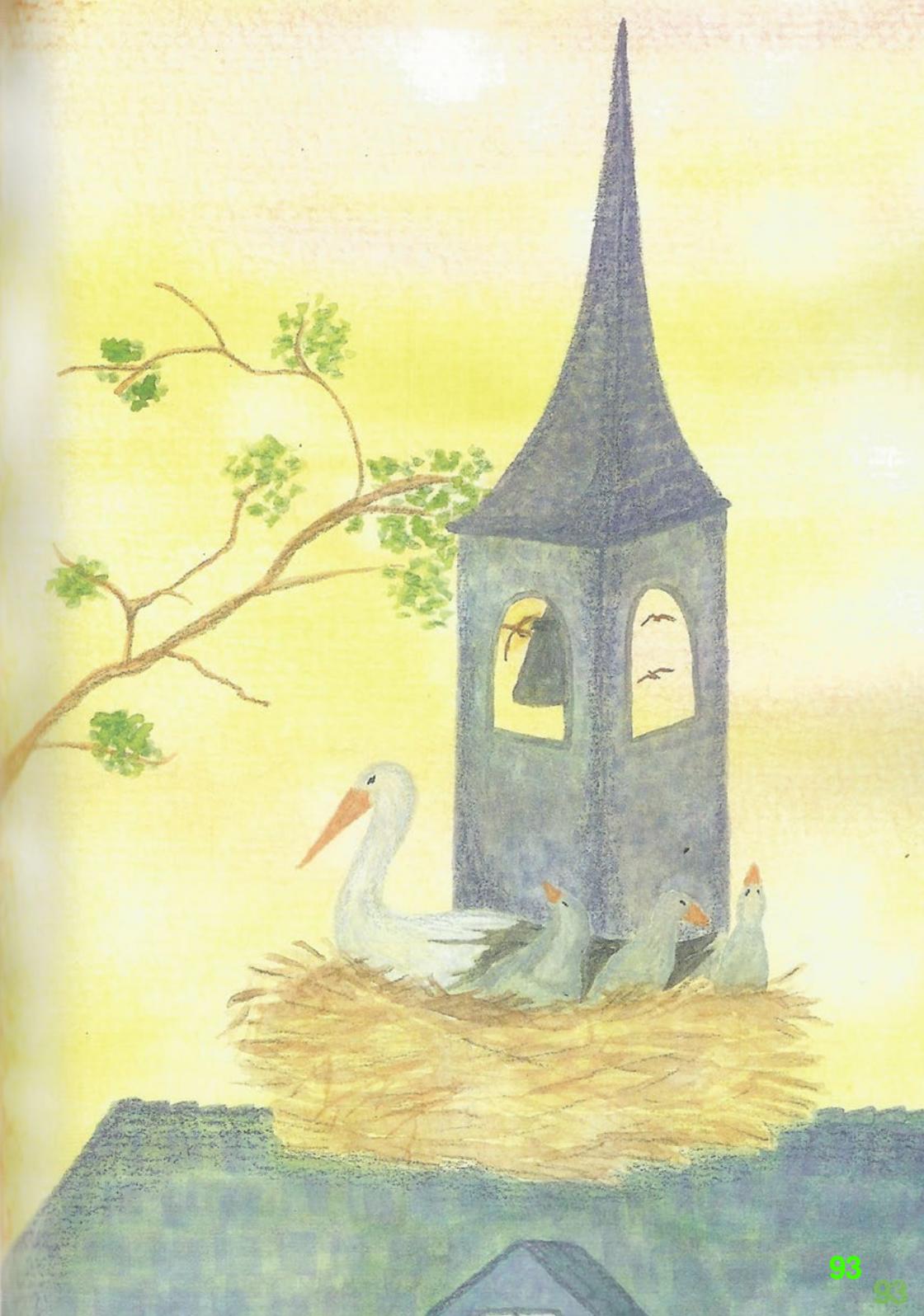
De repente, algo llamó la atención del mirlo. Desde el campanario de una iglesia cercana llegaba un sonido rítmico que él no había escuchado otras mañanas.

El curioso mirlo emprendió el vuelo hacia el tejado de la pequeña iglesia y entonces vio, cerca del campanario, un nido de cigüeñas. Una majestuosa cigüeña estaba allí, sobre el mismo nido al que regresaba cada año. El sonido que el mirlo escuchaba era el que producían el ave con su pico.

El pequeño pájaro se fijó un poco más y pudo ver dentro del nido las crías de la cigüeña. Al mirlo le parecieron pequeñas y peladas, pero también despertaron su curiosidad.

-No creo que estos pequeños pajaritos pelados puedan llegar a volar, se dijo el mirlo.

Cada mañana el mirlo se acercaba volando a una rama cercana al campanario y observaba el nido de las cigüeñas. Cantaba entonces con su voz aflautada y limpia. De vez en cuando lanzaba gorjeos agradables y musicales, queriendo llamar la atención de las crías





El Mirlo

de cigüeña.

Los mirlos son desconfiados y por eso no se acercaba demasiado al nido. Pero...una mañana, cuando la mamá y el papá cigüeña habían salido a buscar comida, el mirlo llegó hasta el nido y pudo ver de cerca a las crías. Ya tenían alguna pluma y esta vez no le parecieron tan feas.

-¿Qué hacéis todo el día ahí en el nido? Preguntó curioso el mirlo.

-Comer y crecer, para después poder volar.

-Y ...¿a que esperáis para empezar a volar? Les dijo el mirlo

-Es que tenemos miedo...reconocieron las crías de cigüeña.

-Volar es precioso, les contó el mirlo, y para demostrarlo voló con alegría alrededor del nido.

-Las crías batieron las alas con entusiasmo.





El Mirlo

-¡Tú sí que vuelas bien! Eres valiente. A nosotras también nos gustaría volar así.

-Pues ¡venga, venga! ¡Saltad ya del nido!

Las crías de cigüeña se asomaron temerosas al borde del nido. Asustadas se acurrucaron, juntas otra vez, y miraron con miedo al mirlo.

-No sabemos volar y...tenemos miedo.

El mirlo vio llegar a lo lejos a la mamá cigüeña. Sus grandes alas se batían al viento con elegancia. El mirlo estaba maravillado ante el vuelo de la cigüeña y no comprendía como las crías podían ser tan miedosas.

Durante varias semanas el mirlo se acostumbró a ir al nido de las cigüeñas, cuando la mamá y el papá no estaban. Poco a poco se fue haciendo amigo de las pequeñas crías y siempre les animaba a salir del nido.

Mamá y papá cigüeña les traían lombrices, saltamontes e incluso alguna fruta que encontraban en los campos. El pequeño mirlo estaba solo, y él mismo tenía que



buscarse la comida y la forma de sobrevivir. Pero era valiente y además siempre estaba de buen humor.

-Vamos gandulotas, decía el pajarillo a las cigüeñitas, salid ya a volar.

Pero las cigüeñitas siempre decían lo mismo:

-¡Tenemos miedo a lo desconocido! ¡Nos asusta volar!

- Si no os atrevéis a volar, nunca podréis saber lo hermoso que es. ¡No seáis miedosas!

Una mañana, en la que los rayos del sol de primavera ya calentaban bastante, el mirlo se acercó al nido dispuesto a hacer volar a las cigüeñitas.

-¡Hola pequeñas! les dijo animado.

-Hola amigo mirlo ¿Por qué estás tan contento?

-¡Porque hoy es el día en el que mis amigas las cigüeñas van a volar!.



El Mirlo

-¡¡¡¿Queeeeé?!!!

-Sí mis queridas amigas, ¡¡volaaaaaar!!

Las cigüeñas se asustaron mucho y se apretujaron en el fondo del nido. Entonces el mirlo comenzó a hacer piruetas alrededor del nido para animar a las cigüeñas.

-Vamos, vamos pequeñas ¡a volar!, ¡¡a volaaaaar!!

Tan entretenido estaba en llamar la atención de las pequeñas cigüeñas que no se dio cuenta de que un gavián se acercaba. Para un gavián un pequeño mirlo era un bocado exquisito.

Las cigüeñas, que habían sacado sus cabecitas del nido para ver al mirlo, vieron acercarse al gavián y comprendieron lo que iba a suceder. Su amigo estaba en un grave peligro, pero con tantas piruetas no se daba cuenta.

-¡Mirlo! ¡Mirlo! Le gritaron mientras se encaramaban al borde del nido. Querían avisar a su amigo, sin darse cuenta de que ellas corrían el mismo peligro del que



querían salvar a su amigo.

-¡Mirlo, mirlo! Seguían gritando las cigüeñitas. Y tanto se asomaron al nido que una de ellas cayó de él, la segunda al ir a cogerla se fue detrás y la tercera hizo lo mismo.

Las tres cigüeñitas muertas de miedo extendieron sus alitas y torpemente comenzaron a volar. Por un instante el gavilán no supo si coger en pleno vuelo al mirlo o a las cigüeñitas. Y en ese instante sintió sobre si una sombra y el sonido de un aleteo.

Mamá cigüeña regresaba al nido y viendo en peligro a sus crías se dirigía veloz hacia el gavilán. Este se alejó lo más rápido que pudo.

El peligro había pasado. Pero...las cigüeñitas estaban volando, después de casi dos meses ¡por fin estaban volando!

El mirlo se dio cuenta del peligro que había corrido y voló hasta su rama del árbol cercano, desde donde vio volar a sus amigas y se quedó maravillado.





-¡Bravo mis queridas amigas! Ya os decía yo que hoy sería el día en que comenzaríais a volar.

Pero lo que el mirlo no sabía es que las cigüeñitas se habían lanzado a volar, a pesar del miedo, por intentar avisarle del peligro, al ver acercarse al gavián.

Las pequeñas cigüeñas se dieron cuenta de que volar era maravilloso y ahora disfrutaban cada día atreviéndose a alejarse cada vez más del nido.

El mirlo les enseñó las charcas, los prados húmedos y algunas plantaciones de frutales cercanos.

A comienzos de verano las cigüeñas abandonaron el nido. Ya eran mayores. Ya no tenían miedo.

En el otoño llegó el tiempo de emigrar para las cigüeñas.

Esa mañana de otoño el sol tenía un precioso color anaranjado. El mirlo se posó en la rama alta de un pino. Al mirlo no le gustan las ramas muy altas, pero este era un día especial. Quería ver partir a sus amigas.



El Mirlo

Allí a lo lejos las vio. Un grupo de cigüeñas cruzaban el cielo rumbo a las tierras de África. Entre ellas estaban sus amigas, que en su vuelo dieron un rodeo sobre la plaza donde se encontraba el campanario. Al mirlo le pareció una despedida y en respuesta lanzó un musical gorjeo.

Con su vuelo majestuoso las cigüeñas le decían adiós. El mirlo se sintió orgulloso de sus amigas, que habían perdido el miedo a volar.





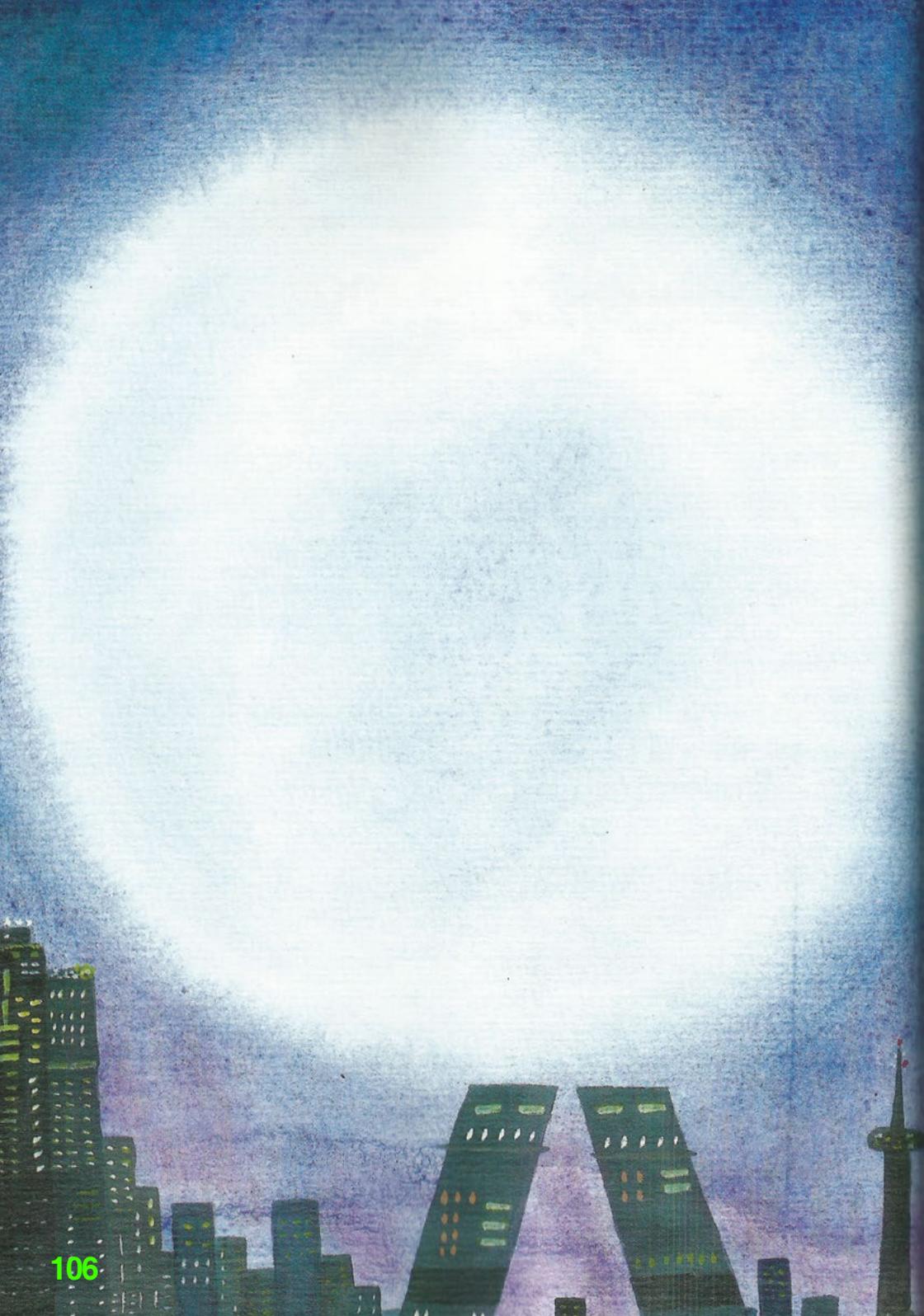
Gabriela y las montañas

Gabriela es una niña de diez años que quiere mucho a la Tierra. Desde pequeña plantaba semillas en pequeños tarros y cuando las plantas habían brotado las transplantaba en macetas, que ponía en el alfeizar de la ventana.

Gabriela vive en un pueblo que está algo alejado de una gran ciudad. Cuando va al colegio por la mañana mira cómo el sol se eleva en el horizonte. Entonces se siente feliz.

Una noche, volviendo de casa de su abuelita, se fijó en la gran luna que lucía y en la silueta de la ciudad que se recortaba en el cielo. Pensó que la ciudad era bonita, aunque hubiera en ella demasiados coches y ruidos.

Pero, al día siguiente, al ir al colegio se fijó en aquella gran ciudad que se divisaba a lo lejos. Por encima de los edificios se distinguía una mancha grisácea.





Gabriela y las montañas

-Papá, ¿qué es aquella inmensa nube gris que se ve sobre la ciudad?

-Es la contaminación, hija.

Gabriela se quedó en silencio. Desde el pueblo se podían ver las lejanas montañas de la sierra. Esas montañas que conocía bien, pues los fines de semana iba con sus padres a caminar por los senderos y en verano a bañarse en sus ríos. Sabía que allí el aire era puro y los pájaros cantaban felices en los árboles.

-Papá, ¿qué pasaría si un día la contaminación llegara a las montañas? ¿Qué le pasaría a los árboles, a los ríos y a los animales?

Su papá se quedó callado un ratito. Gabriela se dio cuenta de que su papá estaba preocupado y pensativo.

-Hija, yo creo que las personas que queremos a la Tierra no vamos a permitir que eso suceda.

-Claro que no- contestó decidida Gabriela- los niños no vamos a dejar que se ensucien nuestras montañas.



Gabriela y las montañas

Cuando Gabriela llegó ese día a casa, sacó sus lápices de colores y sus acuarelas y comenzó a dibujar.

Dibujó en hojas grandes: montañas con ríos de aguas cristalinas, bosques de abetos y cedros, pájaros, plantas y niños felices por tener unas montañas tan bonitas con los animales que allí viven.

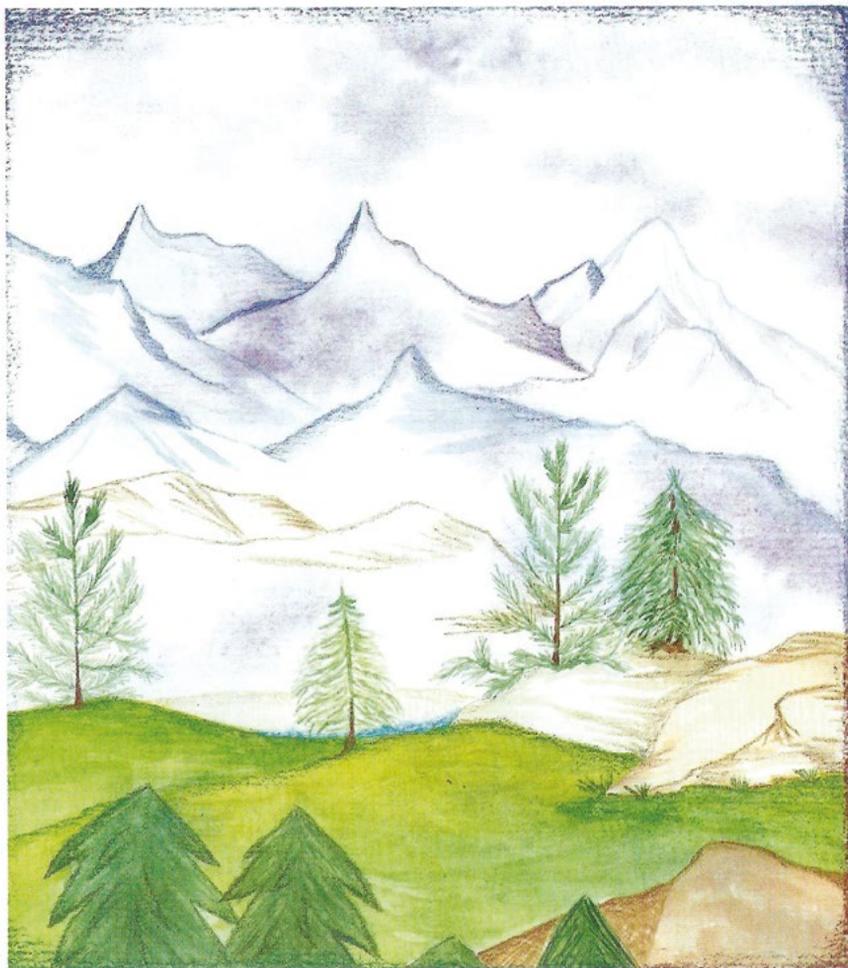
En cada dibujo escribió un mensaje con letras grandes y claras. Quería que todo el mundo pudiera leerlo sin dificultad.

Y con esta determinación se fue al centro del pueblo. En el bolsillo llevaba cinta adhesiva y unas tijeras. En la puerta del Ayuntamiento encontró al bedel y le pidió permiso para poner este cartel:

“Los niños nos sentimos alegres en esta tierra,
con ríos de agua cristalina,
con bosques de abetos y cedros centenarios,
con estos montes tan altos,
tan tranquilos.”



Gabriela y las montañas



Después se dirigió a la Escuela, que se encontraba a las afueras del pueblo. Las clases ya estaban cerradas pero Teresa, la directora, estaba dentro,



Gabriela y las montañas

trabajando en su despacho. Gabriela llamó al timbre.
-Buenas tardes Gabriela-saludó la directora al abrir la puerta.

-Buenas tardes- contestó Gabriela. Quisiera pedirle permiso para poner este cartel en la puerta de entrada.

Gabriela explicó a Teresa su preocupación por las montañas y su plan para que, entre todos, pudieran salvarlas. La directora le dijo que era una chica valiente. Le dio permiso para poner el cartel y ella misma le ayudó a hacerlo.

“Los niños queremos escuchar el viento limpio que sopla,
la lluvia fresca en la mañana,
los pájaros alegres y
las ardillas corretear entre los árboles.”

Desde la Escuela había un buen trecho hasta el Centro de Salud. Había que atravesar todo el pueblo y después recorrer una calle larga que tenía en medio una hilera de plátanos que daban sombra. A Gabriela





Gabriela y las montañas

le encantaba esa calle y en ese tiempo los árboles estaban llenos de pájaros que no cesaban de cantar. Así que comenzó a caminar animada y un buen rato después llegó a la puerta del Centro de Salud.

Preguntó en el mostrador de la entrada si podía poner uno de los carteles que había pintado. Las dos mujeres que estaban delante del ordenador la miraron sorprendidas. No sabían qué decirle, así que la hicieron esperar hasta que el responsable del Centro pudo atenderla.

Ahora sí que se sentía cansada y un poco desanimada. Cuando, por fin, se le acercó un señor de bata blanca y le preguntó:

-Me han dicho que quieres poner un cartel en la puerta del Centro de Salud. ¿Quieres enseñármelo, por favor?

Aquello de la bata blanca le imponía mucho a Gabriela, pero pensando en sus queridas montañas sacó valor, desenrolló el tercer cartel y se lo mostró.





Gabriela y las montañas

Los niños queremos seguir oyendo
el croar de las ranas en las charcas,
los grillos, las lechuzas,
los sonidos de la noche
en la Montaña.

El señor de la bata blanca le preguntó a Gabriela
porque quería poner aquel cartel y Gabriela contestó:

-Para que todos recordemos lo hermosas que son
las montañas y así queramos cuidarlas.

El señor de la bata blanca, que era médico y sabía
cuánto ayuda el aire puro de las montañas para sanar
a las personas, le dijo:

-Claro que puedes poner el cartel, Gabriela. Yo mismo
te voy a ayudar a hacerlo y te animo a que sigas
decidida a cuidar a esta Tierra que nos acoge.

Por último Gabriela se dirigió al Super. Estaba cansada
y los pies le dolían de tanto caminar. Pero después
de hablar con el médico se sentía animada. Las
personas mayores también sabían lo importante que



Gabriela y las montañas

eran las montañas, su aire limpio, sus árboles y animales.

Con decisión entró en el Super y preguntó por la encargada. Salió Loli y sonrió a la niña. Loli era amiga de su mamá y conocía a Gabriela desde que era pequeñita.

-Hola Gabriela. ¿Te ha enviado mamá a comprar alguna cosa?

-Hola Loli. No quiero comprar nada. Quiero pedirte permiso para poner en la puerta de la entrada al Super este cartel:

“Los niños queremos cuidar esta Tierra, la preciada agua, las verdes plantas y a nuestros amigos los animales.

Loli dio un gran achuchón a Gabriela, como siempre le daba desde que era pequeñita, cada vez que la niña hacía algo que a ella le parecía una buena cosa. Mientras decía con efusividad:





Gabriela y las montañas

-“Esta es mi niña”.

Gabriela se puso un poco colorada, pues todas las personas que compraban se giraron para mirar. Pero cuando pudo soltarse de los brazos de Loli se despidió agradecida y salió para poner el último cartel que llevaba.

Los carteles eran tan bonitos que a nadie le molestó que Gabriela los hubiera colocado. Además, ella había puesto su nombre y su dirección en la parte de abajo de los carteles, por si alguien quería preguntarle.

Y algunas personas del pueblo, sí que le preguntaron. Y Gabriela les contó sus ideas para que la contaminación no llegara hasta las montañas.

María la panadera le dijo:

-Pero Gabriela, ¿qué puede hacer una niña como tú para detener la contaminación y proteger la montaña?

-Señora María- contestó Gabriela- cada uno de



Gabriela y las montañas

nosotros podemos hacer una cosa pequeñita. Pero si cada uno de nosotros hacemos una cosa pequeña todos los días, se puede convertir en algo grande.

La señora María se quedó pensativa. Se daba cuenta de que Gabriela tenía razón y se preguntó qué podría hacer ella para ayudar a proteger la naturaleza.

En la Escuela también había comentarios acerca de los carteles de Gabriela. Todos querían hacer más carteles y ponerlos por el pueblo. Todos querían ayudar a Gabriela a cuidar las Montañas.

Lucía, la niña más pequeña de la clase preguntó en voz alta:

-Pero... ¿Hacer carteles ayudará a cuidar las montañas?

Los demás niños se quedaron callados mirando a Lucía. Después miraron a la maestra.

-Al hacer los carteles Gabriela nos ha hecho pensar a todos sobre el daño que hacemos a la Tierra.



Gabriela y las montañas

Pepe, que era un poco pesimista dijo:

-Yo creo que nosotros no podemos hacer nada. Sólo somos niños.

-Yo sí puedo hacer algo, es poco, pero es algo- dijo decidida Gabriela. Puedo ducharme rapidito y sin gastar mucha agua.

-Pues yo también puedo hacer algo- se animó a decir Lucía. Yo puedo estar más atenta para no tirar los plásticos y papeles a la basura. Mi mamá siempre me lo dice, pero a veces se me olvida.

A Pepe se le iluminó la cara de repente y dijo:

-Yo también puedo hacer algo. Le diré a mi papá que los domingos, cuando vamos por la mañana a comprar el periódico, vayamos dando un paseo en vez de ir en el coche. Sólo son tres calles.

Mar que era muy presumida dijo, poniéndose un poco colorada:



Gabriela y las montañas

-Yo siempre estoy pidiendo a mi mamá que me compre ropa nueva. Creo que puedo ayudar a la tierra si compro un poquito menos. Además mi armario está ya a punto de reventar...

Mar se había puesto tan colorada que todos los niños le dieron un gran aplauso, para animarla. Manuel también participó, haciendo un esfuerzo para que los demás le entendieran, pues hacía dos días que le habían puesto el aparato de los dientes y todavía hablaba con dificultad.

-Mi madre siempre me dice que apague la luz cuando salgo de una habitación. A veces me olvido. Ahora voy a estar más atento.

Todos los niños sonrieron, pero habían entendido lo que Manuel había dicho y ninguno se rió de él. A muchos de ellos también se les olvidaba lo de apagar la luz y ahora todo este asunto de no contaminar la montaña les parecía muy importante.

Esther levantó la mano, con su cara sonriente como si acabase de descubrir algo importante:



Gabriela y las montañas

-Ahora entiendo porqué mi papá siempre insiste en que en invierno cerremos las puertas cuando la calefacción está puesta. Él dice: -“¡Que se escapa el gato!”, y yo de pequeñita pensaba que era una broma, porque no tenemos gato. Pero este invierno pasado, un día que me dejé la puerta de la calle abierta, mi papá me dijo muy serio:

-Esther ponemos la calefacción para estar calentitos, pero eso cuesta y no sólo nos cuesta dinero. Cuando seas mayor lo entenderás.

-Ahora lo entendemos todos, dijo Laura, a quien su mamá también insistía en lo mismo.

Los niños siguieron dando cada uno su aportación y la verdad es que salieron muy buenas ideas.

-Caramba, dijo Enrique, no pensé que pudiéramos hacer tantas cosas para ayudar a que la contaminación no llegase a las montañas.

-Son pequeñas cosas, pero juntas son una gran cosa- dijo el travieso de Guille. Y añadió:





Gabriela y las montañas

-Es como las travesuras que yo hago, que una sola parece poca cosas, pero cuando ya llevo muchas se arma “la gorda” en casa. Los niños rieron divertidos.

Todos estaban alegres. Se comprometieron a llevar a la práctica sus propósitos y más personas del pueblo también hicieron lo mismo.

La señora Maria, la panadera, decidió que en lugar de bolsas de plástico en su panadería sólo utilizaría bolsas de papel reciclado. Sabía que el plástico contaminaba mucho. Aunque ahora muchos vecinos, cuando iban a comprar el pan, traían de casa la bolsa de tela y le decían:

-María no me des bolsa, he traído esta que es de tela y no hay que desecharla. Cada vecino quería colaborar a su manera para que las bellas montañas que veían a lo lejos siguieran estando sanas.

Era sólo un pueblo y solo un puñado de personas, pero era importante. Tal vez en otros pueblos de la Tierra, en ese mismo momento, otros niños y otros adultos estaban haciendo cosas parecidas.



Gabriela y las montañas

Tal vez, cada vez más seres humanos iban a tomar la determinación firme de hacer una pequeña cosa por nuestra Tierra.

Eso es lo que pensaba Gabriela.

Eso es lo que quieren muchos niños en la Tierra.

Te cuento y me cuentas

Historias tiernas y divertidas
sobre las situaciones que
deben afrontar los niños y
niñas de hoy en día.

¿Necesita más información?



Dirección General de la Familia y el Menor
C/ Gran Vía, 14
28013 MADRID

www.madrid.org/familia

 91 580 34 64

 dgfm@madrid.org



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor

cuéntame un poco